

Relatos de Mar, desierto y muerte

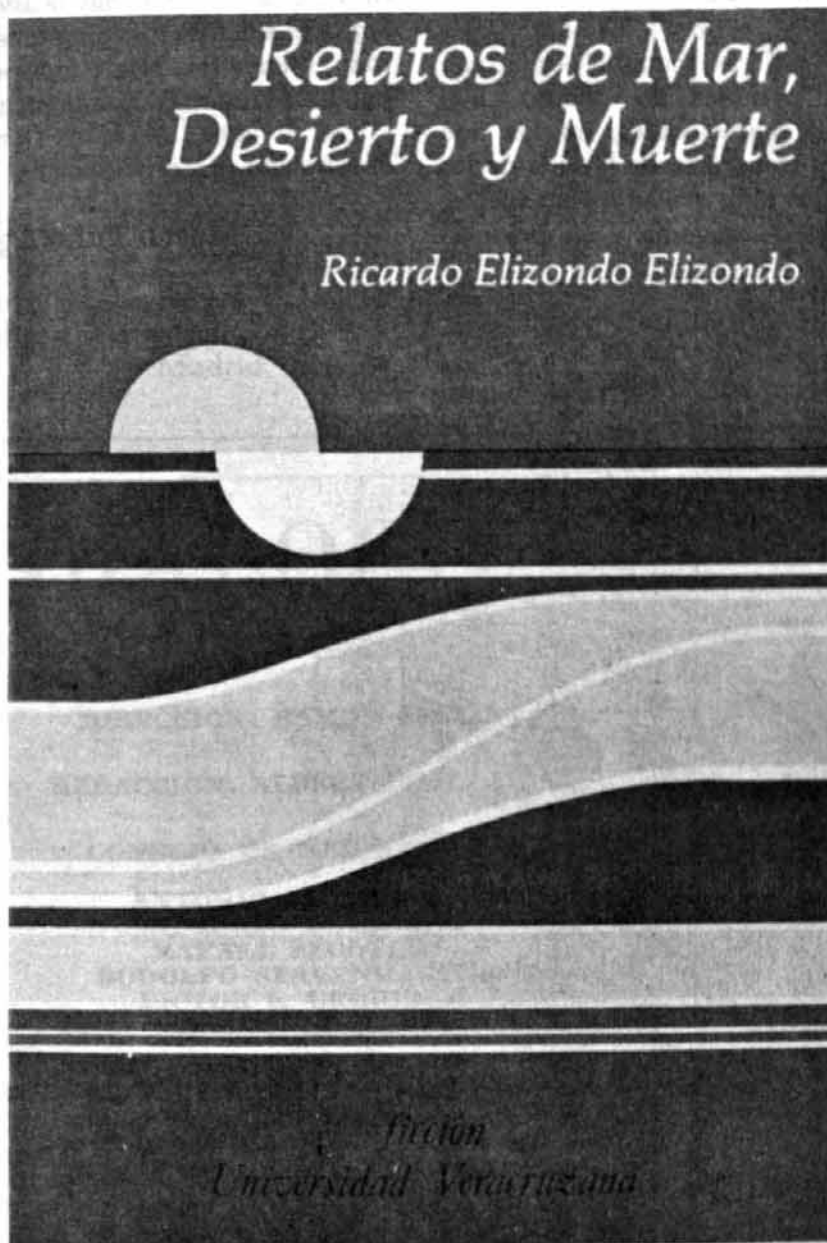
Ricardo Elizondo Elizondo asistió durante algún tiempo al Taller de Narrativa que mi sosias Marco Tulio Aguilera dirigía en Monterrey hace

algún tiempo. Fue testigo de esa especie de primavera literaria que permitió, en *las áridas montañas*, reunir cuatro grupos de personas interesadas en el cuento, la novela, la poesía y el ensayo. El grupo de narrativa se llamaba irónicamente Artefacto o Arte Facto y tenía una publicación mensual. A él asistieron

María Cristina Villarreal, Elsa Garza Treviño, Hugo Altamirano y Ricardo Elizondo Elizondo. Los cuatro tenían capacidad, talento, pero variaban en cuanto a disciplina. Ricardo siempre asistió con una cierta distancia. Se resistía a presentar sus textos, pero cuando lo hacía, todos estábamos seguros de que no tendríamos nada que decir, nada que tachar, y apenas si podríamos reiterarle la certeza de que lo suyo era literatura cuajada, acrisolada, en la que cada palabra tenía un sentido, un valor, un gusto, irrevocables. Ni siquiera se preocupaba por publicar, porque hasta en ello tenía la absoluta certeza de que tarde o temprano lo suyo saldría adelante. Mientras hablábamos sobre sus textos Ricardo sonreía, con esa superioridad molesta de los niños precoces. Se sentía por encima de todos, pero en realidad estaba por encima de todos. No era su culpa. Como dice Goethe, de bribones es ser modesto, y yo agregaría, sobretodo cuando uno está seguro de su propio valor.

Y de pronto aparece *Relatos de Mar, Desierto y Muerte* (Ficción, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1980), un libro verdaderamente deslumbrante, quizás lo más importante que ha publicado esa editora en lo que va del año. Son tres relatos alejados de la temática urbana, de la literatura superficial, del juego de artificios del lenguaje bajo el cual no hay más que paja. Tras el lenguaje de Ricardo Elizondo está la palabra, el sentido, el fundamento de algo que el autor ha buscado largamente, con paciencia de alquimista, y que una vez hallado, guardó hasta la maduración, pulió, y finalmente entregó.

Dos nombres me vienen a la mente inmediatamente: Juan Rulfo e Inés Arredondo. De Rulfo, esa minuciosi-



dad en el detalle, en la contemplación y comprensión estética de la naturaleza y de los hombres del campo, ese callar lo evidente y decir apenas lo necesario. De Inés Arredondo, el lenguaje quintaesenciado casi hasta la inverosimilitud. Ricardo tiene influencias, pero magníficas influencias, porque ya se sabe: lo malo no es tenerlas, sino tenerlas malas. Los personajes –Donata, la mujer que espera, Sebastián– son de una dureza sólo comparable con la de la tierra árida.

Recuerdo que Ricardo nos hablaba de su colección de cactus. Conocía todos los nombres de las plantas del desierto. Sabía sobre emplastos, mal-

diciones, rezos, bebedizos, pócimas. Cocinaba –o cocina– con una minuciosidad de sesentona madre de diez hijos. Apreciaba todo aquello que a otros pasa inadvertido. De ahí, de esa sabiduría de la vida, surge también su asombrosa capacidad de darnos el matiz justo, de dar a sus textos una verosimilitud alejada del folclorismo y muy cercana a lo que podríamos llamar ontologismo.

Los tres relatos –“Donata”, “La visita”, “La casa canaria”– abarcan grandes períodos de tiempo. Son cuentos generacionales, en los que vemos el transcurso de la vida de los padres, los hijos y a veces los nietos. Hay algo de tragedia y epopeya en

cada texto: se nos presentan los grandes ciclos de ascensos y descensos; el surgimiento, desarrollo y caída. La terquedad, la obstinación, la esperanza, el dolor atragantado, hacen de cada personaje un ser distinto, con esencia y atributos inconfundibles.

Todos los textos están en tercera persona. Narrador omnisciente. Pero, curiosamente, la prosa es muy poco tradicional. En muchas ocasiones se omite el sujeto o los complementos, o todo, menos una sola e indispensable palabra. Punto. Todo está dicho.

Lei *Relatos de Mar, Desierto y Muerte* con placer y asombro.

□ Marco Tulio Aguilera



RECTORIA

La Palabra y el Hombre

Universidad Veracruzana



34

Noviembre de 1980